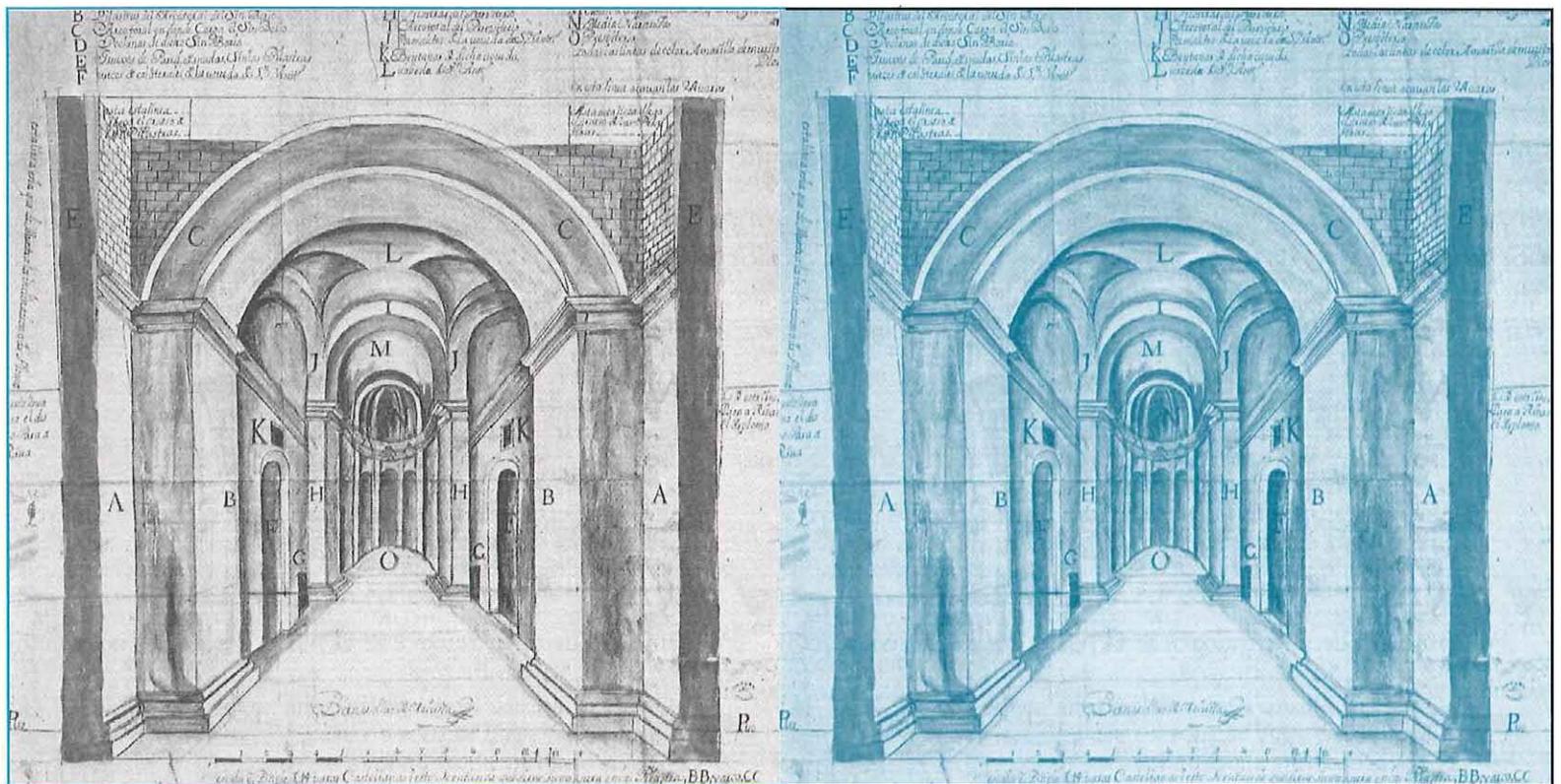


El protomédico Francisco Hernández en Nueva España (1570-1577)



Hospital Real de Naturales

José Pardo Tomás

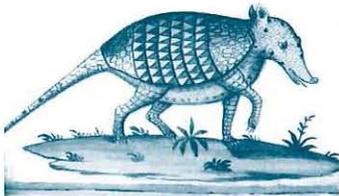
Departamento de Historia de la Ciencia. Institución "Milà i Fontanals". CSIC, Barcelona



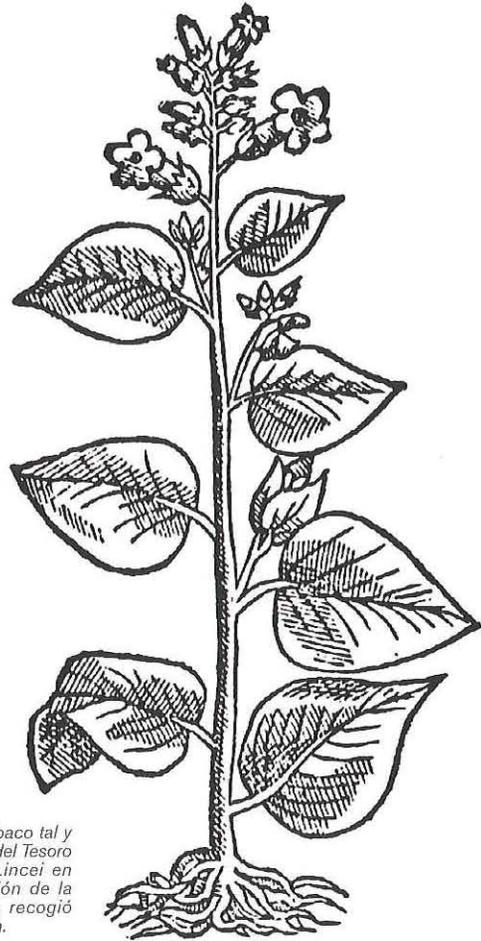
Felipe II envió a Francisco Hernández a Nueva España durante siete años para que realizara una tarea ardua y complicada: la elaboración de una obra en la que se informara de los recursos medicinales que existían en las colonias. El resultado fue un estudio esencial para la historia de la ciencia española muy conocido por sus contemporáneos y que ejerció gran influencia en siglos posteriores.



No existe ningún retrato coetáneo de Francisco Hernández. Sin embargo, esta imagen de "El preguntador", inspirada en los funcionarios de la corona que recorrieron Nueva España con los cuestionarios de las llamadas "Relaciones geográficas de Indias", podría representar muy bien al médico toledano que, unos años antes, había recorrido también muchos de esos lugares haciendo preguntas sobre las plantas, sus nombres, sus usos y sus virtudes.



Armadillo. Esta imagen, que se halla en el Códice Pomar de la Universidad de Valencia, fue copiada de los materiales hernandinos depositados en El Escorial.



Grabado de la planta del tabaco tal y como apareció en la edición del Tesoro mexicano, hecha por los Lincei en Roma, junto a la descripción de la planta y de sus usos que recogió Hernández en su expedición.

La figura y la obra de Francisco Hernández (nacido en Puebla de Montalbán, Toledo, hacia 1515 y muerto en Madrid, en 1587) ha merecido la atención de los especialistas, pero no ha conseguido encaramarse nunca a ese pabellón de grandes figuras de la ciencia moderna que tanto los científicos como la sociedad occidental contemporánea han ido construyendo en el último siglo y medio; aunque méritos no le faltan. Sin embargo, quizá haya sido mejor así. Al fin y al cabo, por mucho que se diga lo contrario, la hagiografía laica de los héroes de la ciencia moderna no es la mejor manera de darlos a conocer al gran público, como se demuestra todos los días en las aulas, en los medios de comunicación o en las tertulias de café.

Las características más atractivas de Francisco Hernández como personaje histórico constituyen, como suele ocurrir, una compleja mezcla de representatividad y originalidad. La vida y la obra de Hernández

contienen muchos elementos que las hacen representativas de su época; por ejemplo, de la manera en que muchos médicos se formaban dentro y fuera de las universidades, se forjaban una carrera profesional y abordaban el estudio de la naturaleza, del cuerpo humano, de la enfermedad o de los remedios medicinales. Pero, al mismo tiempo, otros elementos de la vida y la obra de Hernández poseen rasgos de una singularidad y originalidad excepcionales. Al

más destacado de ellos queremos dedicar las páginas que siguen: la empresa —científica e

Se trataba de trabajar intensamente para conocer el mayor número posible de plantas medicinales mientras permanecieran en la colonia.

El protomédico Francisco Hernández en Nueva España

intelectual, pero también institucional y política— que lo llevó a viajar a la Nueva España entre los años 1570 y 1577 enviado por Felipe II y a elaborar una obra que marcó verdaderamente un hito en la ciencia europea de la época y cuya influencia se dejó notar durante muchas generaciones posteriores de científicos, médicos y naturalistas.

La “historia de las cosas naturales”

No sabemos cuándo comenzó a cobrar cuerpo en la corte de Felipe II el proyecto de enviar a las Indias una persona cualificada para que informara acerca de los recursos medicinales de las colonias, pero esta opinión se hallaba bastante extendida a finales de los años sesenta. En buena lógica, tal iniciativa debía corresponder al poder real y debía contar con su apoyo político y financiero. En ese sentido, las reformas administrativas, legislativas y religiosas proyectadas para las Indias debieron incluir —por esas mismas fechas— el proyecto relativo a la recopilación de información sobre los recursos naturales de todo tipo, incluidos los medicinales. Sea como fuere, en diciembre de 1569 ya estaba tomada la decisión de enviar a Francisco Hernández “a las Indias por protomédico general de ellas”, con la misión de “hacer la historia de las cosas naturales” de aquellos territorios, puesto que se consigna el pago de su salario “durante el tiempo de los cinco años que en ellos se va a ocupar”. El nombramiento oficial fue firmado el 11 de enero de 1570 y a él pertenecen las frases entrecomilladas.

El doble significado del encargo hernandino quedaba claramente establecido en las instrucciones redactadas en el Consejo de Indias en nombre de Felipe II. Por un lado, la condición de protomédico —figura hasta entonces inédita en las colonias, pero típica del sistema jerárquico de control del ejercicio de las ocupaciones sanitarias en Castilla— permitiría a Hernández sistematizar desde el modelo de la metrópoli las condiciones legales del ejercicio de médicos, cirujanos, boticarios y otros sanadores en las colonias. Como es natural, la presencia del protomédico y las decisiones tomadas desde el momento de su llegada originaron no pocas tensiones, pero no cabe duda de que también le permitieron organizar eficazmente su trabajo y las condiciones en las que se desarrolló. Por otro lado, se trataba ante todo de trabajar intensamente para conocer el mayor número posible de plantas medicinales mientras durase su permanencia en la colonia:

“Os habéis de informar dondequiera que llegáredes de todos los médicos, cirujanos, herbolarios e indios y de otras personas curiosas en esta facultad y que os pareciere podrán entender y saber algo, y tomar relación generalmente de ellos de todas las yerbas, árboles y plantas medicinales que hubiere en la provincia donde os halláredes”.

Las fuentes básicas de información eran, pues, los sanadores cristianos ya establecidos desde hacía medio siglo en la colonia, pero también los indios. La finalidad última de todo el empeño era la utilidad —sanitaria, económica y, en última instancia, política— que todo ello podría reportar para la metrópoli. Sin embargo, en marcado contraste con lo estipulado en las instrucciones reales, Francisco Hernández expresó así el objetivo de su empresa:

“No es nuestro propósito dar cuenta sólo de los medicamentos, sino de reunir la flora y componer la historia de las cosas naturales del Nuevo Mundo, poniendo ante los ojos de nuestros coterráneos, y principalmente de nuestro señor Felipe, todo lo que se produce en esta Nueva España”.

Esta tensión entre utilidad pública y desarrollo del plan de una auténtica historia natural del territorio estuvo presente siempre en la expedición hernandina y obligó a desplegar estrategias de negociación entre ambas instancias, tanto por parte de su protagonista como por parte de los patrocinadores de la empresa, incluido a veces el monarca en persona.

Intercambio entre colonizadores y colonizados

Los preparativos de la expedición se llevaron a cabo durante toda la primera mitad del año 1570, de modo que Hernández y sus compañeros pudieron embarcarse a final del mes de agosto. La flota llegó al puerto de Veracruz, en febrero de 1571; desde allí, ascendieron hasta la ciudad de México, que debía convertirse en el epicentro de las actividades del protomédico durante los siguientes seis años, puesto que partiría de regreso a Sevilla en febrero de 1577. Estos seis años completos de residencia en Nueva España pueden dividirse claramente en dos fases de casi idéntica duración.

Durante la primera fase —hasta marzo de 1574— Hernández se dedicó a recorrer la casi totalidad de los territorios entonces controlados por el virreinato de Nueva España, desplegando una gran actividad expedicionaria. En sus salidas, iba acompañado por un grupo de colaboradores: mozos y acemileros para el transporte de enseres y personas; escribientes, pintores y herbolarios, tanto indios como españoles, encargados de recoger por escrito sus dictados, traducirlos y hacer de intérpretes con sus informadores, dibujar del natural plantas, animales u otras escenas del paisaje, copiar esos dibujos y pintarlos sobre papel y otras tareas similares.

Por otro lado, el grupo expedicionario incluyó siempre a su hijo Juan y algunas veces (menos de las que hubieran sido deseables) al cosmógrafo Domínguez que, si bien colaboró con entusiasmo en las primeras fases, luego se desentendió bastante de las salidas expedicionarias. Para los viajes más largos, que obligaban a pernoctar en ruta, se planearon las diversas etapas tomando como apoyo la red de conventos y hospitales, sobre todo franciscanos pero también dominicos y agustinos, establecida por los colonizadores a medida que fueron expandiendo su dominio sobre el territorio. Estos hospitales aunaban la función estrictamente asistencial de enfermos con las funciones más tradicionales de estos establecimientos: ser refugio para los desvalidos y dar posada a viajeros. En un territorio colonial constituían, además, una eficaz herramienta de penetración de las formas culturales de los colonizadores. Paradójicamente, constituían también el escenario privilegiado para el intercambio de conocimientos científicos entre las culturas de colonizadores y colonizados; en especial, dado el caso que nos ocupa, saberes y prácticas en torno a las enfermedades y los remedios medicinales.

Con el regreso de Hernández a México en marzo de 1574, se abrió la segunda fase del proyecto, que se desarrolló casi por completo en la ciudad y sus alrededores. Durante casi tres años, hasta la partida en febrero de 1577, el objetivo esencial fue ordenar y elaborar los materiales que se habían tomado *in situ* a lo largo de los viajes por el territorio. La labor requería esencialmente dos tareas. La primera, traducir el texto pulido y ordenado de la Historia Natural a las tres lenguas en las que consideró que debía circular: el latín, el castellano y el náhuatl, la lengua mayoritaria entre los pobladores de Nueva España. La segunda, probar experimentalmente la mayor parte posible de remedios medicinales que se habían recogido para elaborar tablas de remedios. Se clasificaron según las afecciones para las que servían, las partes del cuerpo que sanaban, o los nombres que recibían en las lenguas de indios y españoles. El escenario más adecuado para esa tarea de experimentación era, desde luego, un hospital y el elegido no fue otro que el Hospital Real de Naturales, en México, que contaba por entonces con doscientas camas. La condición de protomédico de Hernández jugó aquí de nuevo un papel esencial, puesto que le confirió autoridad sobre médicos, cirujanos y boticarios y ello le permitió recabar información de muchos de ellos, a la vez que contar con su ayuda para ampliar los ensayos de los remedios a otros enfermos fuera del hospital.

Mil folios de texto y dos mil ilustraciones

En marzo de 1576, Hernández —a la espera aún del permiso real para regresar— se decidió a enviar con la flota que iba de regreso a Sevilla los tomos que había hecho encuadernar lujosamente para ser presentados al Consejo y al Monarca. Diez de esos tomos contenían los más de dos millares de ilustraciones “mezcladas muchas figuras que se pintaban como se

ofrecían, las cuales pertenecen y se han de pasar a la Historia y Antigüedades”. Los otros tomos albergaban los textos de ambas obras, aunque como advertía Hernández en la carta que los acompañaba: “no van tan limpios ni tan limados o tan por orden ni ha sido posible, que no deban esperar la última mano antes que se impriman”.

Hernández se dedicó a recorrer la casi totalidad de los territorios entonces controlados por el virreinato de Nueva España.

En febrero de 1577, por fin, todo estaba listo para iniciar el regreso. Hernández y su hijo bajaron hasta Veracruz,

donde se embarcaron con un inmenso equipaje, que no incluía solamente libros y papeles, sino también semilleros y numerosas barricas con especímenes vivos.

El núcleo de la obra hernandina estaba formado por los grandes volúmenes enviados al Rey que contenían descripciones de unas tres mil plantas, de más de quinientos animales y algo más de una docena de minerales; en total, casi mil folios de textos en latín acompañados de más de dos mil ilustraciones. Los textos se habían traducido, como hemos dicho, al castellano y al náhuatl “para el provecho de los naturales de aquella tierra”. Como complemento de este núcleo principal, Hernández elaboró otros cinco tratados, dedicados a ordenar y exponer las indicaciones terapéuticas de los remedios recogidos por la expedición y probados posteriormente con el objetivo de ofrecer, entre otras cosas, las “experiencias y antidotario del nuevo orbe” y un “método para conocer las plantas de ambos orbes”. A esta obra, cabría añadir los manuscritos que trajo consigo al llegar a Sevilla y una larga serie de libros que ahora no es el momento de detallar.

Pero el Francisco Hernández que volvió a pisar el muelle sevillano en 1577 no era la misma persona que había embarcado justo siete años antes. Las experiencias de seis años en México más uno en las largas travesías de ida y vuelta habían

deteriorado su salud y jamás se conseguiría restablecer. En mayo de 1578, su estado se agravó hasta el punto de

Los originales de la obra de Hernández acabaron dispersos en varios lugares, tardaron siglos en ser redescubiertos y todavía esperan una edición completa.

redactar su testamento. Logró sobrevivir; pero desde entonces, en los casi nueve años que le quedaban de vida, "no tuvo un día de salud", como escribieron sus hijos al rey. No cabe duda de que ésta fue una causa determinante, aunque no fuera la única, a la hora de explicar la casi total desaparición de Hernández de los escenarios donde se tomaron las decisiones sobre lo que debía hacerse con su obra.



La obra de Francisco Ximénez, publicada en México en 1615, fue la primera que dio a conocer los materiales de la expedición Hernández en letra impresa. Ximénez tradujo al castellano la selección de los textos herandinos que Nardo Antonio Recchi había copiado y reordenado por mandato de Felipe II en 1580.



Representación del Hospital Real de Naturales en un códice coetáneo. El hospital fue fundado por el rey con la intención de albergar a los indígenas pobres, enfermos y necesitados. Allí se estableció Francisco Hernández a su regreso de los viajes expedicionarios por Nueva España con el fin de probar la eficacia y los efectos de los remedios medicinales que había ido reuniendo.

La más importante fue tomada en febrero de 1580, cuando Felipe II encargó al médico napolitano Nardo Antonio Recchi "ver lo que truxo escrito de la Nueva España el doctor Francisco Hernández y concertarlo y ponerlo en orden, para que se siga utilidad y provecho dello". La tensión que a lo largo de los siete años de expedición se había producido siempre entre el proyecto científico de Hernández y el de quienes habían patrocinado su empresa con una finalidad que restringía sus objetivos a la utilidad práctica que pudiera extraerse del conocimiento de los remedios medicinales disponibles en el territorio, acabó resolviéndose claramente a favor de éstos. El autor y su obra pasaban de este modo a su oscuro futuro. Los volúmenes en poder del rey quedaron inéditos en El Escorial hasta que en 1671 fueron pasto de las llamas; los originales en manos de Hernández acabaron dispersos en varios lugares, tardaron siglos en ser redescubiertos y todavía esperan una edición completa. Sólo consiguió publicarse *De materia medica* de Recchi. Aún así, una parte de la obra herandina fue conocida por sus contemporáneos y por las generaciones que le siguieron; por eso consiguió ejercer una duradera influencia en quienes abordaron en los siglos posteriores el estudio de la materia médica.

Bibliografía

- ÁLVAREZ PELÁEZ R. *La conquista de la naturaleza americana*, Madrid: CSIC, 1993.
- HERNÁNDEZ, F. *Obras completas*. 7 v. México: Universidad Nacional Autónoma, 1959-1984.
- LÓPEZ PIÑERO JM, PARDO TOMÁS J. *Nuevos materiales y noticias sobre la 'Historia de las plantas de Nueva España', de Francisco Hernández*. Valencia: IEDHC, 1994.
- LÓPEZ PIÑERO JM, PARDO TOMÁS J. *La influencia de Francisco Hernández (1515-1587) en la constitución de la botánica y la materia médica modernas*. Valencia: IEDHC, 1996.
- PARDO TOMÁS J. *El tesoro natural de América. Colonialismo y ciencia en el siglo XVI*. Madrid: Nivola, 2002.
- SOMOLINOS G. "Vida y obra de Francisco Hernández". En: *Hernández, Obras completas*, vol. 1 (1960), pp. 95 - 440.
- VAREY S. CHABRÁN R. WEINER DB. (eds.) *Searching for the Secrets of Nature. The Life and Works of Dr. Francisco Hernández*. Stanford, California: Stanford University Press, 2000.